

## ***Kronos diversitas***

¡Maldición, está haciendo un frío del demonio! Escondo mis gélidas manos en los bolsillos mientras camino por una desolada avenida. Parece que soy el único tonto que camina al trabajo todos los días. ¡No puedo evitarlo! Detesto las multitudes en los trenes y no soporto las alturas como para irme en aerobús por lo que no tengo más remedio que aguantar este frío esquimal, enserio ¿Quién controla la consola del clima? ¡Yo no pago impuestos para que me maten de frío!

Un coche eléctrico pasa toda velocidad a mi lado y me salpica de lodo y agua estancada ¡Malditos vejestorios quisiera desarmarlos pieza por pieza! De haber sabido que la lluvia me ocasionaría estos problemas no me hubiera levantado temprano cada maldito sábado para presentar una solicitud de lluvia en el ayuntamiento. Bueno, al menos mi mujer no se podrá quejar.

He dejado atrás la zona residencial y he entrado al barrio del Rococó. Es una zona cuyos edificios emulan los antiguos estilos del movimiento, de la misma forma que en el barrio Neoclásico o posmoderno, aún existimos algunos excéntricos que recordamos con melancolía las antiguas formas de antaño. Es algo irónico, mientras más avanza la civilización con más cariño recordamos el pasado. Prueba de ello es el resurgimiento de los pantalones de mezclilla que no se usaban desde hacía cincuenta años, o la costumbre de caminar en ocasiones al trabajo sin usar trenes o aerotaxis.

Caminando entre los elusivos edificios observo muchos pequeños negocios que hoy día ya no tienen ningún sentido, ventas de

computadores y electrodomésticos, relojerías y ventas de repuestos, incluso, me ha parecido ver un cibercafé.

Me adentré a la zona más anticuaria del barrio que es el centro del mismo. Por doquier había ventas de antigüedades, bibliotecas y museos de invenciones o de historia natural donde se exhibían fósiles de criaturas antediluvianas junto vivisecciones de animales extintos en la segunda mitad del siglo pasado. Recientemente incorporaron una disección de un fabuloso ejemplar de *Loxodonta africana* aquel que le sobrevivió por diez años a su primo del subcontinente indio. Rápidamente se convirtió en el centro de atención, los más ancianos se acercaban pesadamente para poder observar al imponente probóscido extinto hace ya más de sesenta años. Nunca vi uno vivo, no obstante mi madre me hablaba de ellos constantemente cuando era pequeño. Mi fascinación por la mega fauna nunca se debió a un interés académico, sin embargo desde el último avistamiento de una manada de lobos grises en la República Democrática de Escandinavia hace ya más de cinco años no he dejado de soñar con grandes expediciones de cacería como las describían los novelistas decimonónicos. Además pude haber sido mal estudiante pero no un bruto.

Con sus pequeños ojos de cristal el placentario coloso recuerda alzando la trompa y una gran danza de la imaginación a su todavía más antiguo pariente el soberbio mamut del que nunca he visto si quiera los huesos. Tras la caída del segundo muro de Berlín en la Gran Guerra de Liberación Germano-eslava prácticamente todos los museos de Europa fueron reducidos a escombros y con ellos sus milenarios inquilinos.

Ahora solo quedan modernos edificios que emulan los antiguos templos del saber que eran los museos.

Sin embargo, al igual que como lo estuvieron sus ilustres habitantes, estas grandes galeras se encuentran al borde de la extinción. Desde que los viajes en el tiempo se volvieron tan baratos como ir de Europa a América los antiguos visitantes de los fósiles en exhibición prefieren verlos corriendo por las praderas o caminando por los bosques de antaño.

Los viajes en el tiempo fueron posibles gracias a un astrofísico armenio que desolado por la pérdida de su esposa descubrió un método para volver al pasado y traerla de vuelta.

En cuestión de años los viajes en el tiempo se popularizaron y cientos de personas volvían al pasado para traer en secreto a sus familiares ya desaparecidos. Los gobiernos se dieron cuenta del caos que habían desatado cuando unos estúpidos estudiantes de física estadounidenses decidieron traer a Gengis Khan al presente y ni qué decir del revuelo que provocó.

Desde entonces está prohibido traer del pasado cualquier ser vivo sin autorización gubernamental.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, ¡irayos! me estoy congelando aquí afuera.

Continuando con mi camino atravieso distritos residenciales de los que ya empiezan a salir las pobres almas asalariadas rumbo a sus largas jornadas de trabajo de seis horas al día.

Contiguo a los recintos habitacionales hay un distrito comercial en el que hay movimiento a toda hora, en él se venden toda clase de antigüedades y abarrotes de consumo ocasional. Naturalmente en este lugar se ofrecen toda clase de servicios: desde peluquerías hasta ventas de speeders, desde clubes deportivos hasta servicios médicos pasando por las ventas de armas. Con el rostro entre el abrigo, me hago paso entre los compradores a empujones y me detengo frente a un antiguo edificio de dos plantas, pintado de un rojo ladrillo y con una valla electrónica que rezaba:

“Kronos diversitas, viajes de placer al pasado, safaris por la prehistoria, cacería a través del tiempo, diviértase cazando animales ya desaparecidos, arme usted su paquete de viaje...”

He transitado cientos veces por este camino y me he detenido cientos de veces frente a ese cartel que tentaba mi imaginación de la manera más bradburiana y a pesar de todo con profunda resignación, jamás entraba.

La parte más aburrida de ser maestro de obras es la soledad durante el trabajo pues desde que todos los obreros son robots y los procesos se encuentran mecanizados mi trabajo se limita sentarme en el escritorio de una oficina móvil sin hablar durante todo el día.

Esto, como no puede ser de otra, forma da rienda suelta a la imaginación y me hace retornar a mis ensoñaciones sobre cacería y me hace recordar las luces color neón del Kronos diversitas.

## II

He tenido una pelea con mi esposa, no estoy de humor como para recordar el por qué, he salido de la casa con nada más que mi abrigo,

necesito despejar mi mente. ¡Maldición! Me he dejado los guantes. Escondo las manos en los bolsillos del abrigo y en el izquierdo encuentro un cigarro electrónico, lo enciendo y doy una bocanada. Esto me ha calmado los nervios, me considero una persona flemática pero definitivamente mi esposa puede sacarme de mis casillas.

Llego al Barrió del Rococó y camino como si me dirigiera al trabajo ¿Por qué? No lo sé, la costumbre quizás.

Me detengo como de costumbre frente a la valla del edificio color ladrillo y lo observo con atención. A pesar de la hora aún está abierto, me dirijo a la puerta y esta se abre, dudo un momento, pero al final, me decido a entrar.

La recepción se encontraba iluminada por una tenue luz amarilla y en el mostrador, en lugar de un androide como cabría esperar, se encontraba una joven que no tendría más de veinte años observando una pantalla, Su cabello era negro y lacio mientras que su indumentaria era una escotada camisa sin mangas y un short bastante corto que dejaba ver perfectamente sus largas y esbeltas piernas. Espera... ¿esa indumentaria no había sido prohibida por el Comité de Moral Pública? Bueno, no es que me moleste, pero es difícil saber hacia dónde mirar.

Al llegar junto a ella salude cortésmente y ella sin dejar de ver su pantalla me dijo:

- ¿Te importaría apagar el cigarro?

Obedecí a instante y lo guardé en mi bolsillo, y ella apagó la pantalla, levantó ambos brazos y se estiró, dio un bostezo y se levantó a buscar

algo en un estante mientras tarareaba, estaba ignorándome por completo.

- Este... - balbuceé.

Pareció recordar mi presencia, dio un brinquito, se pellizcó las mejillas y volviendo al mostrador me preguntó fingiendo una sonrisa.

-Dime ¿en qué puedo ayudarte?

- ¿Viajes en el tiempo? – pregunté.

- No, asilo de ancianos – me contestó con evidente sarcasmo, maldición esta chica rara me está molestando.

Obvié su comentario y como pude expliqué los deseos que tenía de salir de cacería y lo mucho que me gustaría derribar piezas mayores y toda clase de elusivos especímenes. Ella me extendió un aparato holográfico donde se encontraba la carta de safaris y expediciones disponibles con sus respectivos horarios. Se ofrecían también expediciones individuales, sin embargo me pareció que no era conveniente ir solo si era mi primera vez.

Hubo un programa que me llamó la atención, era un viaje en el que se recorrían distintos momentos de la historia para cazar animales emblemáticos como mamuts, dodos, gorilas o tigres de bengala, ayudados por un cazador experimentado.

- ¿Cuánto tiempo durará esta expedición?

- Un mes, pero te irás por la mañana y ese mismo día volverás a tiempo para cenar con tu esposa.

- Ya veo ¿Puedo tener la certeza de que volveré vivo?

- Eso dependerá de tu habilidad como cazador, nosotros no nos hacemos responsables por lesiones o muertes sufridas durante la cacería, Lo que si garantizamos es un viaje seguro hacia el pasado.

- Un segundo por favor

Me alejé del mostrador y llamé a mi amigo Terry que es tan aficionado a la caza como yo. Le hablé del asunto y le pregunté si quería venir conmigo. Como todo un aventurero no lo dudo mucho y dijo que me acompañaría. Grande fue el alivio que sentí cuando escuché eso, en situaciones como esta es bueno tener a alguien en quien confiar que este a tu lado mientras haces una locura. Me despedí de él y firmé el contrato.

Estaba por salir cuando una inquietud asaltó mi mente y me volteé a la joven del mostrador:

-Con respecto a las armas, ¿ustedes las proporcionan o tenemos que traerlas?

- Nosotros ponemos a disposición una gran variedad de armas, pero tú puedes traer tus armas favoritas siempre y cuando sean legales – dijo mientras reía y me guiñaba el ojo.

Salí del establecimiento con los ánimos renovados, ya no recuerdo ni por qué discutí con mi esposa, solo pensaba en la gran aventura que me deparaba el futuro, o más bien, el pasado.

### III

El viernes previo ya tenía todo dispuesto, le dije a Katherine que al día siguiente tendría que salir al trabajo más temprano que de costumbre y las armas, ropa y equipo se encontraban en una bolsa que había ocultado

de su vista. Nos fuimos a acostar pero la emoción no me dejaba dormir, estuve dando vueltas en la cama y sin embargo Hipnos no parecía muy dispuesto a socorrerme así que cuando dieron las tres y media de la madrugada me fui a duchar, me vestí, tomé la bolsa y las armas y salí de casa recorriendo las calles desoladas y en penumbras rumbo al Kronos diversitas.

Supongo que la emoción hizo que me dejara llevar, la expedición iniciaba a las cinco y media, pero eran las cuatro de la madrugada y yo ya estaba ahí, el local aún no estaba abierto, así que me puse a revisar si no olvidaba nada. Por la prisa, de nuevo olvidé mis guantes, sin embargo, la euforia que sentía provocaba que ni siquiera me percatara del infernal frío que estaba haciendo.

Tras una hora de espera eterna se abrieron las puertas automáticas y me senté a esperar en el hall. En él había algunas fotos y hologramas de algunos viajes al pasado realizados por la compañía y también había un cuadro dónde podía verse la imagen del fundador junto con su biografía.

J.G. Mason había nacido en los Estados Unidos y a la edad de veinte años migró a Europa. De joven había leído “El sonido del trueno” y se sintió muy atraído por la idea de ofrecer exploraciones a través del pasado fundando así el Kronos Diversitas.

-Oh ya estás aquí- me dijo la joven que estaba en el mostrador la última vez mientras se desperezaba, en esta ocasión tenía el pelo enredado y un holgado pijama a rayas, por decencia volteé la vista a otro lado.

- Oye tú no...

- Me sorprende verte, - me interrumpió - estaba segura que te acobardarías me dijo medio dormida.



- No deberías mostrarte ante los clientes de esa forma – le espeté
- ¿Acaso no estás ya muy viejo como para emocionarte por estas cosas?
- Ese no es el punto
- Oh, espera ¿Realmente estás avergonzado? ¡Qué lindo! – dijo mientras reía ya completamente despierta.
- Maldit...- no me dejó continuar.
- En el estante de la derecha está la cafetera puedes servirte café si gustas – dijo, sin prestarme más atención y saliendo por una puerta lateral mientras bostezaba. Realmente es una chica extraña.

Me serví café y mientras bebía empezaron a llegar los demás clientes miembros de la expedición, los estaba observando cuando escuché que alguien dijo en voz alta mi nombre, volteé y vi a Terry que estaba en el umbral de la puerta mientras reía y agitaba la mano.

El verdadero nombre de Terry es Theobald, sin embargo, de cariño sus amigos le decimos Terry. Es un tipo alto y delgado con un cabello liso color castaño que le caía hasta los hombros, siempre llevaba unas delgadas gafas redondas que le hacían parecer un erudito y sin embargo a él no le gustaban. Somos buenos amigos desde la preparatoria, practicábamos los mismos deportes y compartíamos nuestro odio por el cacharro inservible que era el robot que nos daba clase de matemáticas, luego en la universidad yo estudié arquitectura mientras que él se decantó por la medicina, su carácter será alegre, bromista y juguetón sin embargo es diligente en su trabajo y es muy bueno en lo que hace. Además él fue quién me enseñó casi todo lo que sé acerca de la fauna

existente y extinguida aunque el propósito de eso no fue más que para disfrutar con propiedad de la cacería.

-Terry ¿Qué tal? ¿Cómo has estado? ¿Cómo está la pequeña Agnes?

Terry se había casado el año pasado y en marzo del presente tuvo a su hija y desde entonces Katherine no deja de insistirme en que nosotros también deberíamos tener un crío y que ya se estaba pasando la hora.

A las cinco y media las luces se oscurecieron como si se tratase de un bajón de energía, tiempo después un hombre salió por la puerta por la que hacía media hora se había marchado la chica del mostrador, nos contó y nos pidió que lo acompañásemos por un pasillo lateral.

En él se encontraba un detector de metales y se nos pidió que colocáramos las armas en unos depósitos y plásticos y que nos quitásemos todos nuestros objetos de metal. Una vez realizada esta operación uno a uno fuimos pasando por el escáner y recogiendo nuestras pertenencias al otro lado.

Todo transcurrió con normalidad hasta que le llegó el turno a un matrimonio compuesto por un hombre pequeño de unos cincuenta años con un sombrero de turista y una señora obesa de camisa roja con mangas hasta las muñecas y guantes de exploración. Se le veía muy nerviosa y cuando pasó a través del detector de metales se activaron todas las alarmas.

El encargado se acercó y le preguntó si tenía algo de metal en su cuerpo y la señora apenada dijo que había perdido su brazo izquierdo en un accidente y que tenía una prótesis electrónica.

El encargado con una expresión sombría le informó que ella no podría viajar con nosotros debido al daño que su brazo podría sufrir durante el viaje y a los riesgos a los que sometería a la tripulación. Los esposos intentaron disuadir al encargado, pero este se mostró inamovible en su posición, por lo que el matrimonio, muy apenado, dio media vuelta hacia el vestíbulo, ellos no nos acompañarían. No estoy seguro a qué se debía tal negativa pero la mirada del empleado me convenció que se trataba de un asunto serio.

El pasillo, que parecía descender por debajo de la superficie, nos llevó por una sucesión de una puerta tras otra por ambos flancos llegamos a una gran puerta que en el dintel decía:

“Regresión en el tiempo”

La puerta se abrió hacia arriba de manera automática y entramos a una gran sala en cuyo interior podría fácilmente desarrollarse un partido de baloncesto. En el centro de la estancia se encontraba una enorme máquina que tenía una forma muy similar a una cápsula, era posible ver el interior a través de una especie de ventanas en los costados, estaba pintada en su totalidad de un color plata y en los costados tenía grabado en letras cromadas el que parecía ser el nombre del aparato el cual era: Dr. Emmett Lathrop Brown.

Esta, caballeros – dijo un hombre calvo de unos cincuenta años que salió del interior del aparato - es la máquina del tiempo, de cariño le decimos “Emmett”, adelante suban – dijo con una sonrisa.

El interior de la nave no parecía ser muy diferente al de un aerobús, con dos asientos a cada lado y un pasillo en el centro. La máquina no tenía más que diez asientos de los cuales el solo iban ocupados seis.

Una vez acomodados en nuestros respectivos asientos el hombre calvo se presentó:

Caballeros mi nombre es Seammus Mason, sobrino del fundador de Kronos diversitas, yo tendré el honor de acompañarlos en este viaje como el operador de la máquina del tiempo.

-¿Usted es el experto en cacería que nos apoyará durante la expedición?- pregunté.

- Oh no – respondió con una sonrisa – yo no sé nada sobre la caza de animales, quién los apoyará en eso ya se encuentra en el pasado disponiendo todo para nuestra llegada. Nos encontramos retrasados, así que sin más demora por favor ajústense los cinturones que estamos próximos a partir.

Un fuerte rugido una vibración indicaron que la máquina ya estaba en movimiento, una gran compuerta que daba paso al exterior se abrió enfrente de la nave la cual vibró con mayor intensidad y un ruido sordo nos envolvió junto con una luz de un blanco resplandeciente que nos dejó cegados, no puedo decir por cómo se veía la cuarta dimensión, solo puedo afirmar que íbamos muy rápido. Debo haber quedado inconsciente pues no recuerdo nada más acerca del viaje.

Cuando desperté no sabía con exactitud dónde me encontraba, por el dolor en las articulaciones supe que me encontraba aún dentro de la máquina del tiempo, me sentía mareado y con un poco de dolor de

cabeza. Abrí los ojos y vi a mi lado a Terry, durmiendo en su asiento aferrándose a su mochila. Asomé mi cabeza por sobre los asientos y encontré que todos los pasajeros se encontraban bajo el mismo estupor y que poco a poco empezaban a salir de su letargo.

El señor Mason salió de la cabina y anunció que habíamos llegado satisfactoriamente a nuestro destino. Comentó que el efecto del viaje en el tiempo desaparecería en unos minutos y estaríamos listos para salir.

Pasados unos cinco minutos nos encontrábamos completamente repuestos y se abrió la puerta delantera.

Me aventuré a salir primero de la máquina y quedé momentáneamente cegado por el resplandor del sol para luego quedar doblemente deslumbrado ante el exótico paisaje que se mostraba ante mis ojos.

Nos encontrábamos en un pequeño claro dentro de una selva espesa y de apariencia pantanosa, frente al Emmett se encontraba una gran plataforma con decenas de armas de todos los calibres.

Nos encontrábamos maravillados por todo lo que veíamos pues hacía unos minutos nos encontrábamos en el vestíbulo del Kronos.

- ¡Vaya, parece que seré la única dama de la expedición! Ja, ja – exclamó un agudo timbre femenino y volteé hacia la fuente de origen

- ¡Tú! ¡No me digas que eres la...! – Me quedé sin habla.

Entre el follaje se asomaba para mi pasmo la chica rara del mostrador que media hora antes se encontraba medio dormida y en pijama.

¡Sip! Debo presentarme, apropiadamente, yo soy Jenniffer Elisabeth Mason nieta de George Mason fundador del Kronos diversitas y además soy la experta en cacería que los acompañará en el viaje.

- ¡Tú! ¿Experta en cacería? Yo ya cazaba antes de que tu nacieras

- Y parece que no te ha ido muy bien abuelo. Deberías estar agradecido de que alguien de mi nivel se digne a acompañarlos. – Dijo con altivez.

- Serás...- No puedo terminar, soy víctima de un fuerte acceso de tos y un terrible dolor en el pecho me hace caer a tierra. El dolor me hace revolcarme en el suelo. No puedo ver bien, me siento mareado, siento una gran desesperación acompañado de la opresión en el pecho. ¡Agghhh! Siento como si tuviera un yunque encima. Creo que estoy perdiendo el conocimiento...

Jenniffer me coloca una máscara, vuelvo a respirar con normalidad.

-Enserio que eres tonto ¿Verdad? –Ella se encuentra de cuclillas junto a mí observándome con una sonrisa - Este ambiente es mucho más rico en oxígeno de lo que estás habituado, un poco más y te hubiera colapsado un pulmón

- Gracias – digo entre tosidas

- ¡Vamos, levántate! No llevas ni cinco minutos aquí y ya estás llorando en el piso.

- Hablando de eso, ¿Dónde estamos?

-La pregunta más exacta sería ¿Cuándo estamos? – me corrigió – Caballeros, – dijo dirigiéndose al resto de pasajeros que se estaban acercando con sus máscaras – Bienvenidos al Pérmico, específicamente

en el Capitaniense, se encuentran a doscientos sesenta millones de años de su hogar.

Pérmico... Pérmico...Pérmico...Pérmico... ¡Oh ya lo recuerdo! Es ese periodo antes de que aparecieran los dinosaurios ¿Quién diría? Las clases sirvieron de algo.

-Voy a darles algunas instrucciones generales, no deberán separarse del grupo, no deberán quitarse las máscaras bajo ninguna circunstancia y deberán obedecer todas mis órdenes ¿Entendido?

- Sí señora – respondimos al unísono

- Señorita para la próxima caballeros, por ahora pueden ubicarse alrededor del Emmett, partiremos en una hora, descansen mientras tanto.

Terry se acercó a mí llevando nuestras pertenencias, me entregó mi bolsa y me dijo:

-Parece que son cercanos

- ¿Quiénes?

- La señorita Mason y tú.

- Para nada – contesté – no es más que una niña extraña.

- Todo esto es muy diferente a lo que conocemos en casa – comentó

Volteé la vista hacia mi alrededor y me acerqué a los límites de la vegetación.

Era una densa jungla pantanosa cubierta de toda clase de enormes coníferas con grandes hojas parecidas a la de los actuales cipreses que

competían con soberbias cícadas que tenían colosales frutos similares a las piñas.

Por el suelo se arrastraban anfibios muy similares a las salamandras actuales que al ver que me acercaba se escondieron y en un parpadeo se perdieron de mi vista.

- ¿Disfrutando el paisaje? – Jenniffer se me acercó por detrás - ¿Ves esas pequeñas montañas? – me señaló una pequeña cordillera hacia el oeste – son los Montes Urales, o más bien, serán los Montes Urales.

- Eso quiere decir que estamos...

- ¡Sip! Bienvenido a la Siberia pérmica.

¿Siberia? No siento nada de frío, es cierto que la temperatura es fresca pero no se compara con el frío que sempiterno de Rusia, y no veo nieve por ningún lado, bueno, supongo que el clima cambia mucho en casi trescientos millones de años.

Pasado poco más de una hora nos abrimos camino a través de la selva deteniéndonos de cuanto en cuanto para descansar.

Avanzábamos en una columna encabezada por Jenniffer la cual llevaba una camisa color verde musgo con un chaleco color beige y un short del mismo color que le llegaba un poco arriba de las rodillas.

Su cabello se encontraba atado en una única cola alta para que no le obstaculizara el movimiento.

La seguíamos de cerca Terry y yo cargando nuestros fusiles atentos a los ruidos que escuchábamos entre la maleza.



Tras nos venían dos hombres de unos treinta años, el primero tenía unas grandes patillas y llevaba una camisa manga larga de un azul marino junto con un pantalón verde. El otro tenía un gran bigote y llevaba su fusil cargado sobre su hombro.

Cerraba la columna un hombre, joven, con el cabello teñido de azul, llevaba una camisa roja y su fusil a la espalda. Seammus se quedó en el Emmet.

Llegamos a un claro atravesado por un pequeño arroyo que se estancaba en un pequeño pantano que era nicho de los más inimaginables anfibios e insectos.

Estábamos observando a los antediluvianos seres cuando escuchamos un fuerte zumbido en el aire. Sobre los árboles se elevó una monstruosa libélula de más de un metro de envergadura y se abalanzó sobre nosotros. Sin embargo, Jenniffer mantuvo su sangre fría y de un disparo de su arma abatió al enorme bicho que cayó muerto en el suelo.

Nos acercamos al cuerpo que aún se movía y comprobamos que realmente era idéntico a una libélula. No me cabe duda que ese insecto era descendiente de la colosal Meganeura de la que hablan los registros paleontológicos.

Encontramos una formación en la roca que se encontraba seca y era muy propicia para pasar la noche por lo que improvisamos un campamento y nos sentamos a comer.

Yo estaba convencido que nos tocaría cazar nuestra cena o alimentarnos de los frutos del bosque, sin embargo, como parte del servicio de viaje que ofrece Kronos diversitas Jenniffer puso ante nosotros un

extraordinario banquete como no se había visto nunca en el final del Paleozoico con alimentos que nos recordaban a nuestro tan futurista y lejano hogar.

Estaba muy afanado comiendo lo que podía cuando se me acercó Jennifer

- Cuidado abuelo, le hará daño a tu débil intestino comer tanto, ten te he traído una sopa para que no estés masticando esa carne que puede romperte los dientes – dijo en tono burlón.

- ¿No tienes nada mejor que hacer o qué?

- Esto es más divertido – dijo con una risita mientras se sentaba a mi lado

La temperatura ha bajado muy drásticamente, lo percibo claramente a pesar de mi grueso abrigo ¡Maldita sea! Parece que el frío me persigue adonde sea que voy. Bueno, al menos ahora ya siento que estoy en Rusia.

#### IV

Dos días después de nuestra llegada a la Siberia pérmica hemos recorrido sin rumbo aparente el bosque de coníferas guiados por Jennifer a quien tras adelantárenos perdimos de vista y no encontramos por ningún lado. Nos inquietamos grandemente y el hombre de cabello azul visiblemente alterado empezó a gritar su nombre ¿Acaso es tonto? No tenemos idea de qué anda con nosotros oculto entre el follaje o a qué ser monstruoso podríamos atraer. Terry intentó explicarle que no debía gritar de esa forma, pero el tipo no parecía entender razones.

De pronto Jenniffer apareció entre unos juncos y nos hizo señas para que la siguiéramos. Todos muy aliviados nos reunimos con ella.

-No te vuelvas a adelantar de esa forma – le dije con expresión grave.

- ¿Por qué? ¿Tenías miedo? O no me digas que... ¿Te preocupaste por mí? – Dijo con una pícaro sonrisa.

- Para nada mocosa – le contesté enfadado.

- Vengan conmigo y no hagan ruido.

Nos condujo por unos matorrales y llegamos a un claro donde vi la criatura más extraña que había visto en mi vida.

Era un enorme animal más grande que un toro, debía medir unos tres metros, tenía unas enormes y fuertes patas con piernas arqueadas muy similar a los varanos actuales. Poseía un fuerte y robusto cuello que sostenía una fascinante cabeza la cual tenía protuberancias a sus lados y una cornamenta parecida a la de los venados actuales. Unos afilados caninos le sobresalían de la boca y parecía tener una muy fuerte mandíbula.

Su piel era lisa sin escamas o pelos por lo que debido a mis conocimientos tan restringidos en paleobiología no sabría decir si es mamífero o reptil.

- ¿Qué es esa cosa? – pregunté

- Pues si no te acobardas, – contestó Jenniffer – será tu presa. Es un *Estemmenosuchus mirabilis* una de las dos especies que se conocen dentro de su género y el animal más grande de la zona.

- ¿Es un reptil entonces? – Sé lo suficiente del tema para entender que cuando los nombres llevan el sufijo “suchus” quiere decir cocodrilo.

- No, - me contestó Jennifer – Es un terápsido que estrictamente hablando está más relacionado con los mamíferos que con los reptiles y sin embargo no es ninguno de los dos.

- No entiendo nada, pero me da igual – respondí - ¿Dices que podemos abatirlo?

- Si – me dijo

Apuntamos nuestras armas hacia el coloso cuando el tipo del cabello azul nos detuvo.

Esperen- chilló – no creen que...

No pudo continuar porque en escena frente al Estemmenosuchus aparecieron dos animales muy parecidos a las hienas, con dos caninos superiores que sobresalían del resto de dientes. Se acercaron al terápsido profiriendo sonidos amenazantes y tras del gigante surgieron otra pareja de estos cazadores.

-Como ven les están quitando a su presa, por otro lado, ahora tienen más piezas que abatir – nos dijo Jennifer – No se confundan por su apariencia, estos animales no tienen ninguna relación con las hienas u otros felinos de nuestra época, de hecho, es un terápsido como el Estemmenosuchus.

Este gigante, mientras tanto, se defendía haciendo embestidas como si se tratara de un toro y resoplaba y bramaba y levantaba el tórax para parecer más imponente de lo que ya era.

Sin embargo, el escuadrón de ataque no cesaba en sus pretensiones de convertir al gigantón en su próxima cena por lo que atacaban por los flancos mientras otro lo distraía por el frente.

Tomamos nuestras armas y apuntamos primero hacia los atacantes. ¡Mierda! Mi arma se atoró, ¡Ya! ¡Ya está bien! Apunto a uno que se encuentra cerca de donde me encuentro apostado, lo tengo en la mira...

-Esperen – El tipo de cabello azul de nuevo, ¡Maldición! ¿Interrumpe de nuevo? ¡Como fastidia este tipo! – Deberíamos dejarlos vivos, si los matamos ahora estaríamos contribuyendo a la extinción de la especie.

- Se extinguirán de todas formas, - contestó Jenniffer con indiferencia - al final de este período se dará la extinción masiva más grande y catastrófica de la que se tiene registro, el noventa y cinco por ciento de las especies perecerán incluidas estas que tienes ante tus ojos.

Ante esta catatónica realidad el tipo se quedó callado y nosotros pudimos disparar a nuestro gusto. De la primera ráfaga dos de los terápsidos cayeron muertos en el acto mientras que los otros dos perecieron en la segunda ráfaga.

El Estemmenosuchus que había enloquecido de la furia fue mucho más complicado de abatir, Intentó embestir a Terry que se encontraba más cerca de él y que por suerte lo pudo esquivar. Se requirieron muchas descargas para derribar a esta bestia junto con un certero disparo en la cien propinado por el hombre del bigote.

- Me sorprende que no te temblara el pulso abuelo - dijo Jenniffer divertida.

- Silencio, tú has sido la que no ha hecho nada, guía inútil

- Es su presa, no la mía, además me pareció que todos aparte de ti resultaron muy competentes – Dicho eso empezó a reír.

Maldita mocosa

Les quitamos las pieles a los pequeños y cortamos los cuernos del coloso y los guardamos como recuerdo de esta cacería.

En total estuvimos seis días en el Pérmico y el día de nuestra partida volvimos al lugar donde la máquina del tiempo nos había dejado. Ahí encontramos a Seammus y al Emmett en el que abordamos rumbo a nuestro próximo destino en el espacio-tiempo.

## V

El saltar en el tiempo durante un safari tiene cierta utilidad estratégica. Cuando bajamos en un sitio en el espacio-tiempo, mientras cazamos Seammus vuelve en el Emmett para proveerse de los insumos que requeriremos en nuestro próximo destino y así no estar nunca desabastecidos, además las armas que se necesiten pueden ser muy diferentes dependiendo la pieza a abatir por lo que en cada viaje Seammus nos trae armas de mayor o menor calibre.

-Sean bienvenidos a las praderas de Norteamérica – dijo Jenniffer dando pequeños saltos – Nos encontramos en el Cretácico superior en su fase final: el Maastrichtiense.

Nos encontrábamos en medio de unos grandes helechos y coníferas, también había algunas cícadas y cerca del suelo había colas de caballo y unas pequeñas plantas con flores, debían ser las primeras de la historia.

-Ahora bien, - Jenniffer puso una expresión grave - entre todos los destinos a visitar este es por mucho el más peligroso. No se separarán del grupo bajo ninguna circunstancia.

- ¿No debería ser lo mejor para el final? Ja, ja— comentó el menor de los hermanos el cual respondía al nombre Phillipe.

- Es más sencillo avanzar en el tiempo que retroceder, se utiliza menos energía de esta forma. Con cada destino que vayamos visitando nos acercaremos más y más a nuestra época. Prepárense, partiremos en quince minutos.

Todos empezaron a preparar sus pertenencias y yo me acerqué a Jenniffer y le pregunté

- ¿Has perdido clientes en esta época?

- Ha habido ocasiones en las que hemos perdido clientes en grupos más numerosos que este, pero en esta ocasión me daré por satisfecha si solo te perdemos a ti. – Y empezó a reír por lo bajo.

Tiempo después emprendimos nuestra marcha hacia un claro que se veía entre los helechos nos detuvimos al borde de estos ocultos entre las hojas para apreciar la enorme pradera. No existen palabras para describir lo que entonces vimos:

Cientos y cientos de dinosaurios que pastaban tranquilamente en la pradera. Cualquiera que haya leído en su vida un libro de dinosaurios podría conocer los especímenes que frente a nosotros rumiaban.

Había toda clase de cerapodos, de todos las formas y tamaños

Grandes hadrosaurios como el Edmontosaurus que es un soberbio cuadrúpedo de doce metros de largo, con largas piernas y una característica cabeza como la de un pato.

Vimos un pequeño grupo de Pachicephalosaurus que son unos bípedos poco más grandes que un hombre. Tienen una gruesa cabeza que usan para chocar y embestir como si de carneros se tratase.

A lo lejos aparecen una escuadra de soberbios ceratopsios de gran tamaño. Son cuadrúpedos de al menos nueve metros de largo por tres de alto, de un cráneo de metro y medio de ancho por tres de largo con una gola alrededor de su cabeza que le cubría el cuello.

Sobre cada uno de sus ojos llevaba un enorme cuerno de un metro de largo y uno más pequeño sobre su hocico.

¡Maldición! Desde que era pequeño el Triceratops ha sido mi dinosaurio favorito, el único juguete que conservo de mi infancia es precisamente un pequeño Triceratops que me dieron por mi sexto cumpleaños. Esto es malo, siento una emoción demasiado grande ¿Qué es esto? ¿Lágrimas? ¿Acaso son de felicidad?

- ¡Qué lindo! – Dijo Jenniffer en tono burlón - ¿Se te cumplió un sueño de la infancia?

¿Acaso puede leer la mente? ¡Esta niña da miedo!

- No en realidad – digo, secándome las lágrimas – Creo que tengo una infección en el ojo.

- Ja, ja, ja. Claro, entonces no habría problema si te dijera que hoy vamos a cazar a un Triceratops ¿verdad?



En ese momento me quedé helado. Cuando me embarqué en este viaje no consideré por un momento la posibilidad de matar a mi animal favorito, aquel al que era el único que respetaba. Un sudor frío corrió por mi frente, cosa que Jenniffer notó y se alejó mientras reía.

Fuimos bordeando el claro para apreciar mejor a todos estos ornitisquios sin que se percataran de nuestra presencia teniendo la pradera a nuestra izquierda y la vegetación a la diestra.

Caminábamos sin quitarles la vista a estos magníficos animales cuando notamos movimiento entre los helechos y nos detuvimos en seco. A juzgar por el sonido y el movimiento de las hojas parecía tratarse algo grande. Nos acercamos con mucho sigilo y entre las coníferas vimos una pareja de dinosaurios acorazados.

Debían medir alrededor de seis metros de largo, sus patas traseras eran más largas que las delanteras, todo su cuerpo se encontraba blindado por unas gruesas láminas óseas que formaban grandes escudos defensivos como si de un tanque se tratara. En la punta de la cola una gran maza de hueso se mecía amenazante. Estos deben ser sin duda los impresionantes Ankylosaurus de los que tanto he escuchado hablar.

Nos ocultamos y esperamos a que estos tanques vivientes se perdieran entre la vegetación para proseguir nuestro camino.

Avanzábamos con lentitud entre la maleza hasta que llegamos a un pequeño arroyo en el que, según nos dijo Jenniffer, beben habitualmente los dinosaurios.

Esperamos apostados entre unos árboles a que algún cuadrúpedo se acercara al que sería su último sorbo cuando un Triceratops se acercó a paso lento hacia el arroyo

¡No! ¿Por qué tú? ¡Entre todas las especies de dinosaurios tenía que ser un Triceratops! ¡Huye! ¡Da la vuelta! ¡Si sigues por este camino lo único que te espera es la muerte!

A pesar de mis gritos mentales parece que los mensajes no le llegaron al estúpido animal y se aventuró hasta el arroyo.

- Las armas que ahora tienen están especializadas para atravesar la gruesa piel de los dinosaurios por lo que es muy potente tengan cuidado con el retroceso – advirtió Jenniffer.

Todos apuntaron hacia los dinosaurios con excepción del tipo de cabello azul que se llamaba Arlo y según decía pertenecía a una asociación de protección a la fauna y flora habida y por haber. Pero dijo que debido al enorme problema que habría si los dinosaurios existieran en nuestro tiempo haría “la vista gorda” en esta ocasión.

Yo tenía al Triceratops en la mira y sin embargo no disparaba ¡Maldición! ¡Ya estás demasiado grande para sentimentalismos! ¡36 años y todavía piensas igual que un niño! ¡Dispara!

Suspiro. Cierro los ojos y aprieto el gatillo, junto a mí el resto descarga al unísono como si de una batería se tratase.

Los disparos apuntaban a sus piernas delanteras, ahora ya no puede huir ni atacar con sus cuernos, Empieza a bramar con fuertes sonidos que alertan a sus compañeros que pastan tranquilamente en la pradera. Una segunda descarga y un tiro certero en el ojo acabarían con la vida del

ceratopsio. Aquel fuera mi ídolo de pequeño se encuentra inerte frente a mis ojos, asesinado por deporte, atravesado por decenas de balas, balas salidas de mi arma y disparadas por mis propias manos. He asesinado a aquel que fuera mi amigo y con quien me imaginaba recorriendo el mundo sobre su lomo, con él ha muerto una parte de mí, con él ha muerto mi infantil inocencia

¡Al diablo! Hay que seguir con la vida

Haciendo uso de una tenaza Terry le quitó un diente al Triceratops, Phillipe que era más ambicioso intentó sin éxito despojar al cadáver de su ostentosa cornamenta y llevarla como souvenir.

- Esta vez sí que me has sorprendido – rió Jenniffer – no creía que fueras capaz de dispararle, esperaba que te acobardaras, se me ha puesto la piel de gallina ja, ja.

- ¡Oh!, cállate

Atardecía por lo que fuimos a un campamento ya preparado en la copa de un árbol al que accedías por una escalera de cuerdas. Este es uno de los periodos más peligrosos y no es conveniente dormir cerca del suelo ni arriesgarse a no encontrar refugio por lo que todo ya se encontraba preparado y pudimos retirarnos a dormir tranquilos al menos hasta el cambio de guardia.

## VI

Durante tres días deambulamos por el Cretácico apreciando a los enormes ornitisquios lo más cerca que podíamos, también vimos a los mamíferos primitivos no superiores en tamaño a un gato. Nos maravillamos porque desde el campamento pudimos ver a los grandes

reptiles que dominaban el cielo. Grandes Pteranodones, inmensos Quetzalcoathuls de doce metros de envergadura que custodiaban la bóveda celeste junto con toda clase de pterosaurios.

Al quinto día que era el último de nuestra estancia en el Mesozoico salimos con la intención de cazar a un Edmontosaurus como los que vimos el día de nuestro arribo. Caminábamos a través de las coníferas cuando escuchamos un fortísimo rugido que nos heló hasta la médula más grande que el terror provocado por el rugido fue el pavor que experimentamos cuando frente a nosotros se asomó una cabeza por encima de los cinco metros de alto con unos dientes que sobresalían por entre las mandíbulas que pertenecían al más famoso de los terópodos, el rey de los lagartos: el Tyrannosaurus rex

- Muévanse con lentitud y apunten sus armas hacia su cuello – Ordenó Jenniffer

- ¿Acaso vamos a cazar a un Tyrannosaurus? – pregunté

- Este es el espíritu bradburiano que quería mi abuelo que transmiéramos – contestó esbozando una sonrisa.

La montaña de dientes parecía no habernos visto y condujo su atención a otra cosa cuando se nos ordenó abrir fuego

¡Esto no es bueno! ... ¡Definitivamente esto no es bueno! – ninguno de los proyectiles dio en el blanco y sin embargo si logramos enfadar al coloso el cuál lanzó un ronco rugido que nos descolocó por un momento y empezó a acercarse a toda velocidad hacia nosotros

Presas del pánico empezamos a correr con todas nuestras fuerzas mientras intentábamos recargar nuestras armas y dirigirlas contra el terópodo.

Desde la escuela siempre fui un buen corredor, sin embargo, nunca corrí contra un dinosaurio de seis toneladas, por lo que a cada segundo creía desfallecer.

Todos corríamos despavoridos mientras disparábamos sin éxito a ese Juggernaut que nos estaba dando alcance.

Volteé hacia atrás y con horror vi como Johnsson, el hombre de las patillas, caía al suelo con el rostro por tierra al tropezar con unas ramas de árboles caídas.

Con espanto vi como el animal se acercaba a Johnsson que se intentaba arrastrar para no perecer siendo víctima de un tiranosaurio mientras gritaba a viva voz pidiendo socorro

- ¡Auxilio! ¡Por amor a Dios ayuda! ¡No, no, no! ¡No por favor! ¡Aghhh!

Con horror vi como el terrible lagarto colocaba su enorme pata aplastando al desgraciado y se detenía para desgarrar su cuerpo de una mordida, sangre a borbotones, huesos e intestinos al exterior era lo único que quedaba de lo que minutos antes era un hombre.

Esa visión me dejó profundamente afectado, pero más afectado resultó Phillipe el cuál corría y gritaba como un loco.

La muerte de Johnsson nos salvó la vida, pues él captó la atención del animal lo que nos permitió escapar.

Corrimos sin detenernos hasta el punto dónde el Emmet debería recogerlos al cabo de media hora. Todos estábamos agotados y traumatizados.

Entonces Jenniffer se me acercó y me dijo con una sonrisa burlona

- Bueno, solo uno diría que fue todo un éxito. ¡Oh! Y te debo una disculpa

- ¿Qué estás diciendo?

- Me equivoqué, tú sigues vivo, ji, ji, ji.

- Estás enferma – le respondí – un hombre ha muerto y tú ¿bromeas?

- Morir es parte de la vida y el conocía los riesgos - dijo llevándose las manos tras la cabeza – Pase lo que pase la función debe continuar.

Dicho esto, ella se alejó con un gesto de complacencia hacia unos matorrales.

Mientras tanto, los demás nos acercamos e inclinamos nuestra cabeza mientras Terry dirigía una oración pidiendo por el alma del desventurado Johnsson que ahora ya descansa en paz.

Al cabo de unos minutos Seammas apareció en el Emmett y Jenniffer se subió primero y nos gritó desde la puerta:

- Caballeros, les adelantaré nuestro próximo destino: iremos a cazar un Mastodonte al Holoceno así que dense prisa.

Y así, con un gesto sombrío subimos a la máquina del tiempo hacia algún lugar del Cuaternario.

El circo debía continuar.

## VII

Llegamos por la noche. El Emmett aterrizó en la cima de un monte por el que descenderíamos a la mañana siguiente. ¡Pero que hermoso! Un mar de estrellas surcaba el cielo iluminando los últimos confines de la tierra. A pesar de que era de noche se sentía realmente la oscuridad.

Esa noche nadie dijo nada durante la cena, Terry y Arlo adujeron un dolor de cabeza y se fueron a acostar.

Phillipe y yo cenamos sin cruzar palabra y luego de eso también nosotros intentamos dormir.

No podía dormir. Daba vueltas y vueltas en mi saco, sin embargo, no podía conciliar el sueño.

Escuché movimiento y me volteé a ver qué ocurría.

A unos metros de mí, sentada sobre una gran roca, Jenniffer observaba las estrellas en completo silencio. El cabello le ondeaba con una suave brisa nocturna, a pesar de la distancia, pude ver perfectamente su rostro: tenía una expresión triste, incluso me pareció ver que por su mejilla corría una lágrima. Claro, a veces olvido que tan solo es una niña, una niña que ha demostrado ser más fuerte que nosotros. A ella le corresponde la guardia de esta noche, será pesado sin duda, pero ella ha demostrado que es capaz de hacer esto y más. Empiezo a cerrar los ojos y lanzo un largo bostezo, la última imagen que vi antes de dormir fue su cabello ondeando en el viento.

## VIII

¡Maldita mocosa! ¡Regrésame todos mis pensamientos! Fui despertado por Terry que parecía visiblemente alterado

- ¡Por un demonio! ¿Qué te ocurre? – pregunté visiblemente enfadado – las personas decentes necesitan dormir

- ¡Mira allá! – señalándome un punto entre los árboles.

Gran espanto tuve cuando entre los árboles distinguí a una criatura antropomórfica que nos miraba fijamente. Tardé en asimilar que lo que realmente tenía enfrente era a un hombre. Un hombre primitivo, llevaba un grueso atuendo de piel y una lanza con una punta de roca. Su rostro cubierto de pelos difícilmente parecería el de un humano. Todavía peor fue el descubrir que a su lado había otro salvaje, y otro al lado de este. Pronto comprendí que el campamento estaba completamente cercado por salvajes.

Al parecer nuestra guía estrella se durmió sin hacer el cambio de guardia permitiendo que una veintena de nativos nos rodeara durante la oscuridad de la noche.

Sin embargo, los cavernícolas no daban la impresión de querer hacernos daño, si eso pretendieran tendría sus lanzas en mi cuello, parecía más bien que nos observaban con curiosidad acompañado de un miedo que les impedía acercarse.

Jennifer, que se encontraba de pie, empezó a acercarse lentamente a los salvajes cuando entre los árboles acompañado de una escolta apareció uno que parecía ser el jefe.

Era un hombre alto, fornido y barbado, llevaba una gruesa piel como atuendo, alrededor del cuello llevaba un collar con enormes colmillos como trofeos y emitía sonidos ininteligibles de cuando en cuando.



Nos levantamos, tomamos nuestras armas y nos acercamos lentamente hacia la comitiva mientras los primitivos daban muestras de asombro.

Llegamos hasta el jefe y este empezó gesticular, a mover las manos y a apuntar al cielo.

Ni yo puedo explicarme cómo, pero logramos entender que los nativos habían visto luces en el cielo la noche anterior y que habían desaparecido en la cima del monte donde nos encontraron.

El jefe preguntó por medio de ademanes si acaso éramos visitantes de las estrellas a lo Jenniffer sin dudarle respondió que sí. Una gran emoción invadió a los salvajes que empezaron a saltar y lanzar roncoss aullidos. El jefe muy feliz nos instó a que lo siguiéramos hacia su campamento. Naturalmente aceptamos pues no teníamos los medios para hacerle frente a la furia del jefe.

Descendimos del monte escoltados por algunos hombres primitivos mientras el grueso de la tropa aún no tenía el valor de acercarse.

Llegamos al campamento que se encontraba en las faldas del monte. Cuando llegamos una docena de salvajes arrastraban con dificultad el cadáver de un colosal armadillo como jamás lo había visto. Debía medir al menos tres metros de largo por metro y medio de alto, su cabeza era achatada y su cola estaba cubierta de placas de hueso en forma de anillo.

Cuando fijé mi atención en el campamento vi docenas de caparazones de estos inmensos armadillos dispuestos por la planicie y a primitivos saliendo y entrando de ellos. Tal parece que los utilizan de hogar.

-Esos son caparazones de Gliptodontes – susurró Jenniffer – como te podrás imaginar son parientes de los armadillos que tenemos en nuestro tiempo.

El jefe nos invitó a su choza que era una gran tienda cuyo dintel eran dos grandes colmillos seguramente de mastodonte. El interior estaba sujetado con varas de madera y su techo era una piel que pertenecía sin duda al dueño de los colmillos de la entrada.

El jefe se puso a hablar con ganas y a reír estrepitosamente de cuando en cuando, nosotros no entendíamos nada de lo que estaba diciéndonos.

Pasado el mediodía un nativo llegó corriendo a la tienda y le susurró algo al oído. El jefe se puso muy contento y nos dijo que lo siguiéramos.

Caminamos durante mucho tiempo a través de un terreno desigual hasta que llegamos a la entrada de un cañón. En él vimos a una tropa de salvajes que hacían frente a dos soberbios mastodontes visiblemente molestos.

Estos probóscidos debían de medir unos cuatro metros de alzada, tenían unos enormes colmillos que movían de lado a lado intentando golpear a los hombres primitivos que los estaban llevando por el callejón sin salida que era el cañón. Arriba de las paredes de la formación rocosa muchos nativos empujaban rocas con la intención de dejarlas caer sobre los paquidermos.

Sin embargo, algo en el plan falló, uno de los mastodontes que parecía ser el macho, embistió a los salvajes mientras movía su cabeza de lado a lado. Un salvaje fue arrojado por los poderosos colmillos del mamífero e impactó con el muro de roca cayendo muerto en el acto.

El otro mastodonte siguiendo el ejemplo de su compañero arrojó a otro par de salvajes y ambos salieron del punto donde debían caer las rocas

Toda la operación parecía que iba a fracasar cuando Jennifer nos dijo:

- Caballeros, saquen sus armas, es momento de mostrar a estos cavernícolas lo que pueden hacer los hijos de las estrellas.

Todos obedecimos en el acto y apuntamos hacia el cuello de los gigantes.

- Apunten hacia el mastodonte más cercano,

- ¿Cuál? – Preguntó Arlo

- El que está aplastando al salvaje – respondió tranquilamente Jennifer

- ¡Fuego!

Todos disparamos repetidamente y el animal cayó pesadamente sobre su cuerpo inerte. Hicimos lo mismo con su compañero que también cayó muerto en el centro del cañón.

El ruido que produjeron las armas al disparar aterraron al jefe y a sus subalternos y empezaron a saltar y a gritar. Sin embargo, al ver que ambos animales estaban muertos sus gritos de terror se transformaron en muestras de júbilo y empezaron a felicitarnos a su manera saltando alrededor nuestro.

Volvimos al campamento mientras los nativos cortaban la piel y desmenuzaban los cadáveres con sus cuchillos de piedra y hueso.

Esa noche hubo fiesta en el campamento primitivo, hombres y mujeres saltaban alrededor de una gran fogata y se repartían grandes trozos de carne de mastodonte.

No puedo creer que diga esto, pero debidamente calentada en el fuego es una carne muy buena, sabe a res, podría acostumbrarme ja, ja.

El jefe se mostraba muy interesado en nuestras armas que le mostramos una por una quitándoles previamente las municiones.

Estaba tan feliz que parecía un niño e insistió en que nos quedáramos a dormir como invitados en su tienda.

Nosotros que lógicamente no confiábamos en los salvajes intentamos negarnos cortésmente pero ante la insistencia del jefe no pudimos hacer más que aceptar su generosa oferta.

Terry y yo nos quedamos haciendo guardia toda esa noche para evitar que los nativos se aventuraran a clavarnos una lanza en las tripas mientras dormíamos.

Durante más de una semana ayudamos a los nativos en distintas tareas del campamento, recoger ballas, preparar la piel de los mastodontes e incluso a reparar la tienda del jefe cuya estructura de madera parecía caerse a momentos. También Terry empleó esos días para curar las heridas de los salvajes heridos.

A cambio todas las tardes el jefe nos llevaba de cacería donde pudimos cazar toda clase de enormes ciervos, criaturas semejantes a las Alpacas e incluso muchos de esos pesados y torpes Gliptodontes.

Los siguientes días nos dedicamos a descansar de nuestras jornadas de cacería. Pasábamos el día jugando con los niños primitivos llevándolos a cuestas o dejándonos guiar por ellos.

Dos días antes de nuestra partida estaba limpiando mis armas frente a la tienda del jefe cuando una nativa llegó corriendo bastante asustada. Empezó a gritar cosas que naturalmente no entendí y muchos hombres empezaron a salir de sus caparazones para acercarse a la mujer. Incluso el jefe salió de su tienda para enterarse de lo ocurrido.

Una vez calmada la mujer contó su historia que el jefe nos relató por medio de señas y gestos. La mujer se encontraba recolectando frutas cuando al lado de ella un enorme animal, de espeso y negro pelaje pasó a su lado dejándola helada.

Al parecer, desde que llegamos al monte aquella noche, esa montaña se ha convertido en sagrada para los nativos por lo que no pueden permitir que una criatura vague por ahí libremente.

Un grupo de expedición se formó para dar caza al antediluviano intruso y nosotros los acompañamos para cerrar con broche de oro nuestra estancia en Sudamérica.

Caminábamos por un denso bosque en pendiente, cuando escuchamos algo similar a un rugido. Avanzamos hacia el origen del sonido y grande fue el terror cuando entre los árboles se alzó una enorme criatura similar a un oso.

-Es un Megatherium – dijo Jenniffer – los conocemos como Osos Perezosos Gigantes.

Quizá no sea muy perspicaz pero puedo asegurar que este monstruo de perezoso no tenía nada. Caminaba sobre sus patas traseras y de alzada debía medir unos cuatro metros, movía sus poderosos brazos que tenían unas enormes garras que rebanarían con facilidad a un hombre.

Los indígenas empezaron a lanzarles sus lanzas cosa que enfurecía aún más al coloso. De un manotazo elevó por los aires a uno de los salvajes que cayó muerto al chocar con un árbol.

Nosotros apuntamos nuestras armas y disparamos al oso, sin embargo no dañamos puntos vitales y despertamos su furia hasta su máxima expresión. Empezó a avanzar hacia nosotros que retrocedimos cuidándonos de no tropezar en alguna raíz.

En ese momento un cavernícola se lanzó a su espalda y le clavó un cuchillo en el cuello, el animal rugió de dolor y elevó la cabeza oportunidad que nosotros aprovechamos para disparar y abatir al coloso.

El día de nuestra partida obsequiamos al jefe dos de nuestras pistolas de mano.

No tengo que decir lo feliz que se encontraba al recibirlas, sospecho que en un futuro lejano los historiadores, arqueólogos y antropólogos se llevarán las manos a la cabeza al encontrar unas pistolas de mano de quince mil años en la tumba de un cavernícola

El jefe a cambio nos entregó muchas pieles, dientes y carne de Mastodonte para el camino.

Cuando el Emmett apareció los nativos cayeron postrados a tierra presas del pánico. Subimos en la máquina y desaparecimos en ella para mayor pasmo que de los salvajes.

- ¿Una aventura curiosa? – bromeó Seammus
- De lo más extravagante –sentenció Jenniffer

## IX

- Ahora emprendemos la recta final de nuestra travesía. –anunció Jenniffer – Caballeros, bienvenidos al año 1650 en la isla de Mauricio.

- Mauricio...Mauricio... ¡Ya recuerdo! Esa pequeña isla cerca de Madagascar.

- El objetivo – continuó – es cazar dodos.

El Dodo, ave tan emblemática. No podría llamarme cazador en el tiempo si no matara un dodo.

-En este momento ya hay humanos recorriendo la isla por lo que deberemos ser sigilosos ja, ja, una última aventura furtiva.

Fuimos dejados en una preciosa playa de arena blanca. La temperatura era agradable y todo invitaba a entrar al mar. Jenniffer dijo que descansaríamos este día y partiríamos al siguiente. Me acosté en la arena bajo unas palmeras, a mi lado Arlo paso corriendo sin camisa para zambullirse en el mar. Me gustaría tener esa vitalidad, recuerdo que cuando estaba en la universidad organizaba viajes a la playa con mis amigos.

- ¿Recordando tus días de juventud? – preguntó Jenniffer sentándose a mi lado.

- ¡Esta chica es un demonio!

- ¿Acaso no te irás a bañar? – pregunté molesto.

- ¿Por qué? ¡No me digas que quieres verme en traje de baño! – respondió – A pesar de tu edad aún sigues con esos deseos impuros.

Esta vez no respondí, el mar me tenía absorto, y como ella bien dijo: la primavera de mi vida ya ha pasado.

Al día siguiente nos adentramos en el corazón de la isla, era una selva tropical densa, la luz del Sol apenas traspasaba la defensa de palma. Avanzábamos a buen ritmo y sin embargo no veíamos dodos por ningún sitio. Ese día nos acostamos sin haber encontrado un solo ejemplar.

Al día siguiente nos adentramos aún más en la selva a paso lento para no espantar a las criaturas.

Pasado el mediodía encontramos huellas de un ave grande. Las seguimos y tras unas vueltas entre árbol y árbol a unos cinco metros entre unos arbustos vimos movimiento. Ansioso de matar algo disparé a lo que estuviera ahí no importándome si fuera un dodo, una gallina o un pato.

¡Mierda! Una bala paso a la par mía. Toda mi vida le he disparado a los patos, nunca imaginé que ellos me fueran a disparar a mí. Nos agachamos para ver de dónde provenía el disparo cuando a ese le sucedieron muchos otros y empezaron a aparecer hombres armados con arcabuces y mosquetes. Al parecer al escuchar mi disparo empezaron a responder al fuego como si se tratase de un ataque enemigo.

Afortunadamente su búsqueda no fue muy intensa y se retiraron rápidamente. Jenniffer nos recomendó seguirlos a una distancia prudente.

Avanzamos tras los soldados procurando no ser descubiertos, avanzando hacia el sudeste. Llegamos a lo que parecía ser una colonia europea coronada por un imponente fuerte. No entramos a la colonia, nos quedamos apostados en un montículo de tierra desde donde se podía



apreciar desde un punto medianamente elevado la extensión del pequeño asentamiento.

- Nos encontramos en la que será Mahébourg, una importante isla de Mauricio. – dijo Jenniffer.

- Miren allá - señaló Arlo.

En la playa había cientos y cientos de cadáveres de dodos, Más alejado, sobre la arena había carne rebanada para ser salada al aire. ¡Malditos! Por eso no encontramos dodos en la isla ¡Condenados, me robaron mi presa!

Entonces vimos que unos soldados cargaban unos ejemplares vivos de Dodo dentro de jaulas rumbo a la fortaleza

- ¡Mi arma! ¡Denme mi arma! – exclamó Arlo – Voy a hacerme con uno de esos ejemplares vivos y lo llevaré a nuestra época.

- ¿Estás loco? – inquirió Terry

- No, dije que soy ecologista y voy a proteger a los animales de la extinción, al futuro no le hace daño un pavo de un metro. – Arlo se levantó, exponiéndose a ser visto.

Terry lo sujeto por un tobillo para evitar que se fuera.

- ¡Suéltame! – Gritó

No tengo que decir lo que ese grito provocó. Llamamos la atención de los soldados centinelas apostados en los límites de la colonia y empezaron a correr tras nosotros.

Los disparos volaban por todas partes sin embargo nosotros solo pensábamos en salir de ahí. Una vez los disparos cesaron vi tras de mí a Terry, Phillippe y Arlo. A Jennifer no la veíamos por ninguna parte.

- ¡Maldito imbécil! – le di un puñetazo a Arlo - ¡Mira lo que has provocado!

Arlo gimoteaba en el piso.

- Levántate cobarde aún no he terminado.

Continué golpeando a Arlo este no hacía nada para defenderse. Estoy seguro que lo habría matado si no hubiera sido detenido por Terry.

- ¡Cálmate! ¡Cálmate! – El protocolo dice que los prisioneros deben ser llevados ante el gobernador por lo que seguramente llevaron a Jennifer al fuerte.

- Bien, tenemos que ir por ella - sentenció.

- ¿Estás loco? – inquirió Arlo.

- Tú no tienes derecho a opinar maldito renacuajo.

- En unos minutos anochecerá, es buen momento para intentar rescatarla – dijo Phillippe.

No puedo negar lo inquieto que me siento por Jennifer, será maleducada e impertinente, pero es solo una niña, rodeada ahora por una docena de soldados que no han visto una sola mujer en meses. No estoy inquieto, estoy preocupado.

Una vez la penumbra cubrió la tierra nosotros iniciamos nuestra incursión a la fortaleza. La entrada se encontraba custodiada por dos

soldados que hacían rondas cada cinco minutos. En uno de esos intervalos logramos entrar.

La edificación era de madera y piedra, y antes que una fortaleza parecía más bien una amurallada. En un salón había cinco soldados comiendo huevos de dodo y bebiendo debido a la ocasión especial que era el tener una invitada. Ese comentario me llenó de furia y habría llenado sus cuerpos con plomo de no haber sido disuadido por Terry que me recordó que nuestra mejor arma era el sigilo.

Nos dividimos y empezamos a registrar puerta por puerta. Encontré una cerrada con un candado la cuál derribé tras unos empujones y unos disparos.

En el interior encontré a Jenniffer vestida solo con su ropa interior. Experimenté cierto alivio al encontrarla con vida, pero inmediatamente un inmenso pesar me sobrecogió ante la idea de que había llegado demasiado tarde. Pareciera que mi expresión fue demasiado obvia o verdaderamente puede leer la mente porque me dijo:

- Tranquilo, no me hicieron nada, dijeron que lo dejarían para después de la cena.

Gran alivio fue el escuchar estas palabras.

- ¿Viniste a rescatarme? ¡Qué heroico!

- No – dije volteando hacia otro lado – solo vine a vengarme porque estos tipos se quedaron con mi presa.

- Fu, fu, fu, te sonrojaste, ¿Qué lindo!

- Deja de burlarte de mí maldita.

- Oye... ¿vas a liberarme para que me pueda vestir o realmente eres un perverso?

- Para tu información yo tengo esposa y la amo – dije poniéndome aún más rojo.

La liberé de sus ataduras y ella tomó su ropa que se encontraba sobre un taburete y salimos de la habitación.

Nos encontramos con los demás en el lugar acordado y nos dirigimos a la salida.

- Miren – exclamó Arlo señalando a un lugar.

- En sus jaulas se encontraban unos grandes dodos de más de un metro con un pico de unos veinte centímetros.

- ¡Voy por ellos! – continuó.

- ¡No! ¡Vuelve acá imbécil! – dijo Terry

¡Bang! Una bala atravesó la cabeza de Arlo el cual cayó muerto en el suelo.

Volteamos al origen del disparo y vimos al escuadrón de soldados que ya habían descubierto a los intrusos.

Corríamos mientras disparábamos a nuestros perseguidores e intentábamos llegar a la salida, pero Phillipe cayó alcanzado por una bala en el estómago. Terry logró derribar a un soldado y yo hice otro tanto, sin embargo, aún nos superaban en número.

- Dame un arma – me ordenó Jenniffer

- ¿Qué?

- ¡Que me des un arma!

Le tendí un par de pistolas de mano que llevaba en el cinto y ella demostrando una gran maestría en el uso de las armas derribó a otros dos soldados sin mayor esfuerzo.

Logramos salir de la fortaleza, pero los soldados aún venían tras nosotros, nos adentramos al bosque y parecía que podíamos perderlos...

¡Bang! ¡Bang!

Caigo a tierra, he sido alcanzado por dos disparos uno en el estómago y otro en el pecho. ¡Cómo me duele! Jenniffer ha derribado a mi atacante y Terry se acerca a mí

¡Aagghh! ¡Me duele!

Fr... - Terry está llamándome, está gritando mi nombre, pero ya no lo escucho. Ya no siento dolor ¿Esto es malo! Me desvanezco, estoy perdiendo el conocimiento, no deseo quedar inconsciente...

X

Llamo a la puerta

-Hola Terry, pasa. – me saluda - Él aún no regresa, puedes esperarlo si quieres.

Creo que lo más difícil que puede pasar un hombre es anunciar la muerte de su amigo a su esposa. Y tanto más terrible es para la esposa el enterarse de la muerte de su marido

Las lágrimas incontrolables, los gritos lastimeros y los reproches al ausente, ¡Cuadro más fatídico y cruel! ¿Cómo consolar a quién siente

pena? ¿Cómo no parecer condescendiente? ¿Cómo dar palabras de aliento si uno mismo está destrozado? ¿Es acaso justo o digno el contener las lágrimas?

¿Cómo explicar que el marido se embarcó en una empresa suicida y yo fui su compañero y cómplice? ¿Cómo justificar que no hice nada más que verlo morir en mis brazos? ¿Acaso no soy doctor? ¿Por qué no lo salvé? ¿Por qué no me interpuse entre él y la bala? ¡Mi esposa tiene a Agnes pero Katherine está sola! ¿Por qué le enseñé a disparar? ¿Por qué lo hice adicto a la caza?

Todas estas ideas martillaban mi cabeza mientras Katherine lloraba inconsolable en una silla.

- ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Sabías que lo habría evitado! – decía loca de dolor.

- Ka...

- ¿Qué quieres que haga yo sola? – continuaba - ¿Por qué no podía ser alguien más? ¿Por qué no puedo abrazarte? ¿Por qué no puedo estrecharte entre mis brazos?

¿Cómo justificar que dejé el cuerpo de mi mejor amigo abandonado en una isla?

- ¿Por qué tú? ¿Por qué fuiste? – sollozaba.

- ¡Porque por mi culpa él quería cazar un dodo!

***FIN***